

la Loma Blanca señalado antes. Desde allí pudo observar á la distancia de cuatrocientos metros con el auxilio de su antejo, la marcha de flanco que en perfecto orden ejecutaban las columnas españolas á tambor batiente y banderas desplegadas, al posesionarse de la lomada triangular fronteriza prolongando su izquierda sobre el camino de Valparaíso. — « ¡ Qué brutos son estos godos ! » — exclamó con esa mezcla de resolución y buen humor que caracteriza á los héroes en los momentos supremos. Y agregó : — « Osorio es más torpe » de lo que yo pensaba ». — Dirigiéndose luego á sus acompañantes, les dijo : — « El triunfo de este día es nuestro. El sol por testigo ! » — El sol asomaba en aquel momento sobre las nevadas crestas de los Andes (12). La mañana estaba serena ; ninguna nube empañaba el cielo, el aire estaba cargado de perfumes, y las aves cantaban entre los espinos en florescencia (13).

(12) El general O'Brien, que á pesar de su larga residencia en América, nunca pudo hablar correctamente el español, decía treinta años después (en 1849 en Valparaíso) relatándonos esta escena histórica, que San Martín había exclamado : « *Que bruta esta goda Osorio. Triunfo nuestra. Sol testigo* ». — Eran estas, formas proverbiales en el estilo familiar de San Martín, y siempre que pronosticaba algo, tenía por costumbre agregar, como consta de diversas cartas suyas : — « El tiempo por testigo ». — Barros Arana y Vicuña Mackenna que oyeron relatar esta escena á O'Brien, la confirman en todos sus pormenores.

(13) El viajero inglés Haigh, antes cit. que en ese momento se hallaba en el campo de San Martín, dice : « It was sunday morning, the 5 t. of » april, the most delightful time of the year in Chile, not a cloud obscured the bright and everlasting blue of the sky ; the birds were singing, » and the fragrance of the orange blossoms shed a delightful perfume in » the breeze ; there was that balmy softness in the air so peculiar to the » clime » (*Sketches*, p. 219). Cuando en abril de 1883 visité el campo de batalla, precisamente en el mes de abril, el paisaje presentaba el mismo aspecto.

III

Á las diez y media de la mañana el ejército argentino-chileno rompió una marcha de flanco en dos columnas paralelas, caminando rumbo al oeste por encima de la meseta de la Loma Blanca. En el curso de la marcha, ocurrió un episodio, que la historia debe recoger por la espectacularidad de los personajes, y da idea del temple de alma del general en ese momento. Á medio camino, presentóse el mariscal Brayer solicitando licencia para pasar á los baños de Colina. San Martín le contestó fríamente : — « Con la misma licencia con que el » señor general se retiró del campo de batalla de Talca, puede » de hacerlo á los baños ; pero como en el término de media » hora vamos á decidir de la suerte de Chile, y Colina está » á trece leguas y el enemigo á la vista, puede V. S. quedarse » si sus males se lo permiten ». — El mariscal contestó : — « No me hallo en estado de hacerlo, porque mi antigua herida de la pierna no me lo permite ». — San Martín le repuso en tono airado : — « Señor General, el último tambor del » Ejército Unido tiene más honor que V. S. » — Y volviendo su caballo, dió orden á Balcarce sobre la marcha, hiciese saber al ejército, que el general de veinte años de combates quedaba suspenso de su empleo por indigno de ocuparlo (14).

(14) He aquí la versión del general San Martín, en su « Contestación al Manifiesto » de Brayer, ps. 20-21 : — « Desde el 20 de marzo no se » volvió á presentar el señor Brayer hasta el 5 de abril á las 11 de la » mañana. Las columnas marchaban al enemigo, y nuestros tiradores » estaban empeñados con los suyos. En este momento crítico se me » presentó el señor Brayer cojeando y solicitando, *le concediese licencia » para pasar á los baños de Colina* : mi contestación fué, que con la » misma que se había retirado de Talca á Santiago, podía hacerlo á los

Después de este incidente, que hizo el efecto de una proclama, el ejército continuó su marcha hasta enfrentar la posición enemiga. Allí desplegó en batalla en dos líneas de masas por batallones, con la artillería de batir al centro de la primera; la volante á sus dos extremos, y la caballería cubriendo las dos alas en columnas por escuadrones, situándose la reserva plegada en columnas paralelas cerradas á 150 metros á retaguardia. (Véase el plano).

» baños; pero que, respecto á que en el término de media hora íbamos á decidir la suerte de Chile, podía quedarse si sus males se lo permitían: el señor Brayer me contestó que no estaba en estado de hacerlo, porque la antigua herida de su pierna no se lo permitía. Esta respuesta me exaltó en verdad: mi primer impulso fué el de pasarlo por las armas; pero no pude contenerme de decirle: *Señor General, el último tambor del Ejército Unido tiene más honor que V. S.* En seguida dí vuelta mi caballo, y dí orden al señor Balcarce, para que sobre la marcha se hiciese saber al ejército, que el señor General de veinte años de combates quedaba suspenso del empleo por indigno de obtenerlo. El señor Brayer se retiró á la capital, y mientras que estaba cargando su equipaje con escándalo público, batimos en Maipo esa misma tarde los enemigos de nuestras libertades». — Los jefes del Ejército de los Andes en su «Contestación al Manifiesto de Brayer», p. 15, confirman esta versión. — O'Higgins en la pag. 40 de su «Rectificación á la cita del General Brayer en su Manifiesto», dice: — «El señor Brayer se me presenta en la antevíspera del 5 de abril por la noche y me habla en términos semejantes: *« Mis conocimientos me hacen ver, sin duda alguna, que todo está perdido. Nuestro ejército formado de una tropa derrotada y dispersa, no es capaz de batirse con un enemigo vencedor y orgulloso. La persona de V. importa mucho: póngase en situación de salvarse de un contraste, que creo inevitable »*. Mis edecanes y algunos oficiales de la secretaría fueron testigos de esta vergonzosa sesión que luego se esparció en el pueblo. El tomó el partido más seguro». — Brayer en su «Exposición» pag. 13, se limita á decir: — «Indignamente se ha esparcido la voz de que rehusé entrar en el asunto de Maipo: mentira abominable!»... En su «Manifiesto», impreso en Montevideo, p. 15, véase cómo relata él mismo la escena: — «Llegado el momento de batirnos, se habían designado los puestos, y aún no se me había señalado el que debía ocupar!... Indignado, mi primer impulso fué retirarme; pero vencido por mi carácter, quise hacer en persona un nuevo esfuerzo presentándome al general San Martín. Me repelió, y olvidando su dignidad, reventó entonces en odio, acompañado de los acentos de la intemperancia, del delirio y del furor... Le opuse la firmeza, serenidad y modera-

El general realista, que había ocupado el promedio de la meseta de la loma triangular del sud, al observar el movimiento de los independientes, desprendió sobre su izquierda una gruesa columna compuesta de ocho compañías de granaderos y cazadores con cuatro piezas de artillería al mando de Primo de Rivera, que ocupó el mamelón destacado por aquella parte, con el doble objeto de amagar la derecha patriota y tomar por el flanco sus columnas si avanzaban, á la vez que asegurar su retirada por el camino de Valparaiso según su idea persistente.

El intervalo entre el mamelón y la puntilla norte del triángulo, fué cubierto por Morgado con los escuadrones de dragones de la Frontera. Sobre la loma formó en batalla en la proyección nor-oeste sud-oeste, en línea quebrada con el mamelón, pero sin cubrir todos los perfiles de la altura por el nordeste. Colocó los batallones Infante Don Carlos y Arequipa formando división, al mando de Ordóñez; y sobre la izquierda, el Burgos y el Concepción, á órdenes del comandante Lorenzo Morla, con cuatro piezas de artillería abscriptas á cada una de las dos divisiones. La extrema derecha fué cubierta por los Lanceros del Rey y los Dragones de Concepción. (Véase el plano).

En esta disposición se hallaron frente á frente los ejércitos beligerantes al sonar las doce del día, separados únicamente por la angosta hondonada que promedia entre los dos cordones de lomas que ocupaban independientes y realistas. Los

» ción; .. y me fui ». — En una publicación posterior del mismo Brayer, publicada en Montevideo por la imprenta federal de William P. Griswald y John Sharp, en 1819, el mariscal, no sólo no rectifica la versión de San Martín, sino que la confirma implícitamente: « Cuando un general no tiene empleo, y que este general no se halla en tal ó cual acción, no debe dar cuenta del motivo cualquiera que sea, de no haber tomado parte en ella personalmente. Fué después de haber pedido un mando (el 27 de marzo según doc. que inserta) que me rehusaste. ¿ Tienes la audacia (se dirige á San Martín) que yo debía

dos ejércitos permanecieron por algún tiempo inmóviles, en sus respectivas posiciones, como esperando que el adversario tomase la iniciativa (15). Todas las probabilidades parecían estar contra el que llevase la ofensiva: tenía que atravesar un bajo descubierto sufriendo el fuego de la fusilería y el cañón que lo barría, y trepar las alturas del frente para desalojar de ellas al enemigo. Para los patriotas la desventaja era aún mayor, pues su derecha tenía que desalojar previamente las fuerzas que ocupaban el mamelón avanzado ó recorrer un espacio de mil metros flanqueados por los fuegos de sus cañones. Ambas posiciones eran fuertes, y bien calculadas para la defensiva, y la de los realistas más ventajosa aún. En cuanto á las fuerzas físicas y morales, estaban casi equilibradas, siendo igual la decisión de parte á parte, si bien la de los realistas era numéricamente mayor. Por lo que respecta á las armas, la superioridad de los independientes era incontestable en artillería y caballería en número y también en calidad, y aun cuando éstos tenían nueve batallones de infantería, algunos de ellos no formaban sino 200 hombres, mientras los cuatro gruesos batallones con que contaban los primeros, divididos en ocho compañías, levantaban cerca de mil bayonetas cada uno. Lo único que inclinaba la balanza de las probabilidades, era el peso de las cabezas de los generales; pero ya se había visto como, en Cancharrayada, las más hábiles combinaciones que aseguraban el triunfo, dieron por resultado la derrota. El plan de San Martín no era preci-

» combatir en las filas como soldado? No. Yo te desprecié con una
» mirada, es verdad: este solo lenguaje del desprecio y la indignación
» es el que pude tener contigo; es un hecho.» (Respuesta del teniente general Brayer al general San Martín).

(15) Osorio declara en su parte de la batalla de Maipu: « En esta posición permaneció el ejército más de una hora, esperando conocer
» cuáles eran las ideas del enemigo, quien desde luego puso en movimiento dos columnas de infantería y caballería en varias direcciones

samente el de una batalla de orden oblicuo, y sin embargo, resultó tal por el atrevimiento, el arte consumado y la prudencia con que fué conducida. Fué una inspiración del campo de batalla, sugerida por errores del enemigo y peripecias de la acción en el momento decisivo, y esto realza su mérito como combinación táctica. El mismo San Martín jamás se atribuyó otro, y desdeñando con orgullosa modestia adornarse con laureles prestados, insinúa incidentalmente, que al orden oblicuo se debió en parte la victoria, sin agregar que, más que todo, se debió al uso oportuno que hizo de su reserva, como se verá luego (16). Los relieves de las respectivas posiciones y las proyecciones de las dos líneas de batalla, eran casi paralelas; pero los realistas habían retirado su derecha formando en el promedio de la loma, sin cubrir sus perfiles, como queda dicho, y de aquí resultaba que la izquierda independiente desbordase la derecha realista en su posición y en su formación, y que teniendo que recorrer por esa parte la menor distancia de la hondonada intermedia, pudiese llevar con ventaja un ataque oblicuo ó de flanco con el apoyo de la reserva. Tal es la síntesis táctica de la batalla de Maipu en sus preliminares.

» amenazando los flancos y nuestra posición por diferentes partes,
» haciendo avanzar su artillería que no cesó de hacer fuego á nuestras
» columnas». (Parte oficial del general Osorio, de 17 de abril en Talcahuano, publicado en la Gaceta de Lima.)

(16) El doctor V. F. López en su « Hist. de la Revol. Argentina », t. II, p. 331, relata una conversación de San Martín con Las Heras, en que leyéndole aquél el parte detallado de Maipu, el segundo le observó: « General, esto que Vd. dice aquí, que nuestra línea se inclinaba sobre la derecha del enemigo, presentando un orden oblicuo sobre ese flanco, fué, como Vd. sabe, todo el mérito de la victoria; y puesto así como Vd. lo pone nadie lo va á entender. » El General se sonrió, y dijo: « Con eso basta y sobra. Si digo algo más han de gritar por ahí que quiero compararme con Epaminondas ó con Bonaparte. Al grano, Las Heras, al grano! Hemos amolado á los godos y vamos al Perú! El orden oblicuo nos salió bien? pues adelante, aunque nadie sepa lo que fué. » Y refregándose las manos, agregaba: « Mejor es que no lo sepan, pues aún así mismo, habrá muchos que no nos perdonarán haber vencido. »

El general en jefe que había levantado su enseña en el centro de la primera línea, observando la inacción del enemigo, mandó romper el fuego con las cuatro piezas de batir servidas por los artilleros argentinos, con el objeto de descubrir sus fuegos de artillería y sus planes. Una de las balas mató el caballo del general en jefe español. En el acto, la artillería española contestó ese fuego con el suyo, manteniendo su formación, y suministró á San Martín el dato que necesitaba. Era evidente que Osorio se preparaba á una batalla defensiva, y lo indicaba claramente, además de su formación, la circunstancia de no haber ocupado el perfil de las lomas de su posición, á fin de utilizar por más tiempo los fuegos de su infantería y aprovechar el espacio para dar con ventaja en su oportunidad una carga á la bayoneta con sus gruesos batallones, así que aquéllos hubiesen diezmando los de los independientes. El general San Martín, tuvo entonces la intuición de la victoria, que debía decidir de los destinos de la América independiente. Dió audazmente la señal del ataque, mandando levantar en alto la bandera argentina y chilena, y en medio de ellas, la bandera encarnada como una llamarada sangrienta. Su ojo penetrante había descubierto el flanco débil del enemigo, que era su derecha. Las « columnas se descolgaron », según la pintoresca expresión del mismo general en su parte, y « marcharon á la carga, arma al brazo sobre la línea enemiga », con entusiasmo, á paso acelerado. La reserva y la artillería permaneció en su puesto, esperando las órdenes del general (17).

Puedo confirmar en sustancia la verdad de esta anécdota, por habérmela contado el mismo general Las Heras en Santiago de Chile en 1850, la que además está comprobada por el parte detallado de Maipu como concepción, y por la historia como hecho incontestable.

(17) Parte detallado de Maipu por San Martín, cit. — Relación de Las Heras sobre Maipu, cit. M. S.

IV

El movimiento se inició por la derecha; pero no era éste el verdadero punto de ataque. Su objeto era doble: desalojar la izquierda del enemigo destacada sobre el mamelón y amenazar el frente ó la izquierda de su centro, concurrendo así al ataque de la izquierda, que tenía que recorrer la menor distancia entre las alturas para cargar sobre el flanco más desguarnecido. Según el éxito de una ú otra ala, la batalla se empeñaría por la derecha ó por la izquierda, interviniendo convenientemente la reserva en sostén de la que llevase la ventaja ó la desventaja: en el primer caso, sería una batalla de frente, cortando la izquierda y desbordando la derecha enemiga, y en el segundo, un verdadero ataque oblicuo de la derecha flanqueando ó tomando por retaguardia Las Heras las columnas realistas, y esto era lo que se proponía San Martín, al aprovechar el error cometido por Osorio, que iba á verse obligado á entrar en combate con todas sus fuerzas alterando su formación. En estas condiciones el secreto de la victoria estaba en el uso oportuno de la reserva.

Las Heras avanzó gallardamente sin disparar un tiro, á la cabeza del núm. 11 de los Andes, que era el nervio de la infantería del ejército, sostenido por los dos batallones que formaban su brigada, y lanzó al llano los escuadrones de granaderos montados, amenazando la posición del mamelón. La batería de cuatro cañones del mamelón rompió el fuego sobre el núm. 11 así que éste se presentó á la vista, causándole bastantes estragos en sus filas, pero siguió avanzando con rapidez seguido por los cazadores de Coquimbo y los Infantes de la patria de Chile, mientras la artillería de Blanco Encala-

da, que había quedado en posición sobre la loma, apoyaba el ataque lanzando sus proyectiles por encima de las columnas patriotas que marchaban por el terreno bajo. Primo de Rivera, que comprendió que el propósito de Las Heras era aislarlo de su línea de batalla, lanza á su vez su caballería situada entre el mamelón y la lomada triangular. Morgado carga con ímpetu á la cabeza de los dragones de la Frontera. Las Heras se cierra en masa y espera, dando órdenes á Zapiola que cargue por su derecha con la caballería. Los dos primeros escuadrones de granaderos á órdenes de los comandantes Manuel Escalada y Manuel Medina, salen al encuentro sable en mano, y hacen volver caras á los jinetes realistas, que reciben en su huida los disparos de la artillería de Blanco Encalada, y se ven obligados á refugiarse tras de su anterior posición. Escalada y Medina son recibidos por los fuegos de fusilería y de metralla del mamelón; remolinean, pero se rehacen con prontitud; dejan á su derecha la altura fortificada, y apoyados con firmeza por los dos escuadrones de reserva mandados por Zapiola, siguen adelante en persecución de los derrotados, que se dispersan ó se repliegan en desorden á la división de Morla sobre la loma. Las Heras se establece sólidamente con el núm. 11 en un cerrillo intermedio, fronterizo al mamelón y al ángulo nordeste del triángulo, en actitud de atacar el mamelón y concurrir al ataque de la izquierda. El ala izquierda de los realistas quedaba así aislada, y la izquierda de su centro amagada (18).

(18) Las Heras: « Rel. sobre la batalla de Maipu. » M. S. cit. Parte detallado de San Martín, etc., cit. Torrente, haciendo una confusión de momentos, confiesa empero la derrota de la caballería del costado izquierdo realista, diciendo: « Dase orden que los Dragones de la frontera » mandados por Morgado, carguen á la caballería enemiga; pero la » tardía y torpe ejecución de esta maniobra correspondió tan desgraciadamente á la intrepidez de los soldados, que fueron acuchillados » horrorosamente, y aún muchos fueron víctimas de los fuegos de los

Casi simultáneamente con la carga de los granaderos á la derecha, el ala izquierda trepaba las alturas de la posición realista por el ángulo Este, iniciando un movimiento envolvente sin divisar todavía los cuerpos enemigos. Los realistas, apercibidos del error de haber retirado su derecha perdiendo las ventajas que les daba el terreno, ó arrastrados por su ardor, se decidieron á tomar la ofensiva. Ordóñez, á la cabeza de los batallones « Infante don Carlos » y el « Concepción », con dos piezas de artillería, salió atrevidamente al encuentro de los patriotas en dos columnas de ataque paralelas, quien fué seguido muy luego por los batallones « Burgos » y « Arequipa », mandados por Morla, en la misma formación y escalonados por su izquierda. Osorio, que llegó á temer por su derecha y notando que quedaba sin reserva, mandó reconcentrar al centro de la línea la columna de granaderos destacada sobre el mamelón con Primo de Rivera. Ordóñez, al encimar con su división una de las colinas del campo, se encontró á distancia como de cien metros al frente de la de Alvarado, trabándose inmediatamente un combate de fusilería que causó estragos en ambas filas. Por desgracia para los independientes, dos de sus batallones, — el núm. 8 de los Andes y el núm. 2 de Chile, — que ocupaban en un bajo la zona peligrosa de los fuegos contrarios, sufrieron considerables bajas en los primeros momentos: el núm. 8, compuesto de los negros libertos de Cuyo, mandado por Enrique Martínez, se desordena después de perder la mitad de su fuerza, y se retira en dispersión; el núm. 2 intenta cargar á la bayoneta para restablecer el combate, y al ejecutar esta operación se dispersa también. Alvarado, que cubría la izquierda con el núm. 1 de cazadores de los Andes, despliega en batalla y

» Cazadores por la confusión con que se replegaron sobre ellos. » « Hist. de la Revol. Hisp. Amer. » t. II, p. 429.

rompe el fuego; pero á su vez se ve obligado á ponerse en retirada para evitar una total derrota (19). La victoria parecía declararse en aquel costado por las armas españolas.

Ordóñez y Morla, con sus cuatro gruesos batallones escalonados en dos líneas de masas, levantando como 3,500 bayonetas, se lanzan en persecución del ala izquierda independiente casi deshecha, y sus cabezas de columna descienden impetuosamente los declives de la lomada, con grandes aclamaciones de triunfo. En ese momento la artillería chilena de Borgoño, que con sus nueve piezas ligeras había quedado ocupando el perfil opuesto en la Loma Blanca, rompe sobre los vencedores un vivo fuego á bala rasa, que los hace vacilar; reaccionan éstos inmediatamente, pero al pisar el llano son recibidos por una lluvia de metralla que rompe sus columnas, haciéndolas retroceder, á pesar de los valerosos esfuerzos de Ordóñez y Morla (20). Al observar estas peripecias, Las Heras ordena á los « Infantes de la Patria » de Chile, que carguen sobre el flanco de la división de Morla; pero son rechazados y retroceden en algún desorden. Hacía veinte minutos que la lucha se mantenía en este estado incierto, cuando se oyó el toque de carga de la reserva independiente, y vióse á sus columnas moverse á paso acelerado hacia el ángulo Este de la posición enemiga.

San Martín, que se había mantenido en la altura de la Loma Blanca, en observación de los primeros movimientos de su derecha, dictando con sangre fría sus órdenes según las circunstancias, adelantóse con el cuartel general hasta la proximidad de la posición avanzada ocupada por Las Heras, para dirigir de más cerca las operaciones de su línea. Al notar

(19) Relación, etc. de Las Heras, cit. M. S. (Parte detallado de San Martín.)

(20) Torrente: « Hist. de la Revol. Hisp. Amer. », t. II, p. 429. Rel. de Las Heras, cit. M. S.

desde este punto el rechazo de su izquierda, dió orden á la reserva que cargase en su protección, dirigiéndose con su escolta al sitio donde iba á decidirse la acción por un último y supremo esfuerzo (21). El coronel H. de la Quintana, á la cabeza de los batallones núm. 1.º y 7.º de los Andes, y el núm. 3 de Chile, descendió la loma, atravesó la hondonada efectuando con sus columnas una marcha oblicua sobre su izquierda, y llegó al ángulo Este de la posición enemiga, en circunstancias que las columnas españolas se habían replegado á ella rechazadas por los certeros fuegos de la artillería de Borgoño (22). Á vista de la reserva, los batallones 8 de los Andes y 2 de Chile se rehacen y sobre la base de los cazadores de los Andes, que no habían perdido del todo su formación, entran en línea, mientras Quintana trepa la altura del triángulo un poco á la derecha del punto por donde lo había efectuado antes Alvarado. (Véase el plano, segundo movimiento). El ataque oblicuo se iniciaba, y la batalla iba á cambiar de aspecto.

(21) Véase en el plano de Maipu, el trayecto del cuartel general de San Martín sobre el campo de batalla.

(22) Quintana, en su opúsculo titulado « Relación », ps. 51-52, que es una reseña documentada de su vida y servicios militares, dice: « Ataqué » con la reserva sin orden del general San Martín, á pesar de que el » general había prevenido no se ejecutase movimiento alguno por las » divisiones sin que él lo comunicara personalmente. » San Martín, en su parte detallado dice expresamente: « Al instante (del rechazo de la » izquierda) dió orden al coronel Quintana, para que con su reserva cargase al enemigo, lo que ejecutó del modo más brillante. » Es posible que Quintana iniciara el movimiento de avance antes de recibir la orden de San Martín para ganar tiempo, pues él mismo declara en su « Relación » (pág. 51): « En este momento ví al mayor de ingenieros D'Albe, » y le dije: *Vaya vd. y avise al general que voy á atacar con mi reserva » sin su orden, pues si me dejo estar un solo momento sin moverme, todo » es perdido.* » D'Albe que hacía las veces de ayudante de campo del general, fué tal vez el mismo que le dió ó confirmó la orden de cargar. De todos modos, la reserva no pudo recorrer 1,500 metros efectuando movimientos complicados, sin que San Martín, que se hallaba presente sobre el terreno, autorizase esta operación decisiva, cuando precisamente